

Recuerdo mis sueños.
Una niña rubia de nariz respingada. Pecas.
En su breve maillot, ríe al borde de la piscina.
Y tiene senos. Redondos y erguidos.
Y también, de vez en cuando, sueña.

Me mira a mí extrañada. Después, me ama.
Inocentemente. Intuyendo-no comprendiendo-mi pena.
Y oye mis palabras que saben a lágrimas,
y sabe de mis ambiciones, que lucen humildemente.
Y está conmigo.

A veces, en los crepúsculos, (mil veces caminados solitarios)
entrelaza su brazo tostado al áspero género de la manga de miterno
y me dice que un día, pensó en cosas extrañas y hermosas,
soñó con una dicha sencilla y pequeña.
Y que la ha encontrado. Conmigo.
Y yo río. Como lo hago siempre que siento el llegar de una lágrima.

Y después el beso.
El ingenuo beso con el que sueño todos los instantes.
El pequeño beso que es sólo un juntar de labios.
Un intuir de la virginidad de tu cuerpo.
Un destello. ¿De qué?
A lo mejor es de amor.
¡Amor!

Es curioso, recuerdo mis sueños.
Recuerdo a la niña rubia,
a la de nariz respingada,
a la de los senos redondos y erguidos,
a la que ríe al borde de la piscina,
y vuelvo a soñar.
¡Con el amor!

Una vez más se tiñe de rojo el cielo.
Y estoy solo, como siempre. ¡Oh, Amor!